

ORIENTAL.

LA noche está fresca y grata.
Desde el Oriente la luna
Derrama su luz de plata
Sobre una ciudad moruna,
Que en el Genil se retrata.

Cíñela en torno la vega
Franja de oriental jardín;
Por dentro el Darro la riega,
Y á la sombra se despliega
De la Alhambra y Albaicín.

Mosáico vario es Granada,
De cúpulas y alminares
Arabescos decorada;
Cornelina codiciada
De Faradís y Alhamares. [1]

Frente al áspera Castilla,
Bajo un cielo siempre azul,
Sultana entre esclavas brilla
Cual del Bósforo en la orilla
El tulipán de Stambul.

Tiene fuentes y jardines,
Músicas y trovadores
Para zambras y festines;
Para toros lidiadores
Y torneos, paladines:

Tiene andaluces corceles
Para la guerra salvages,
Mansos en paz, siempre fieles;
Bien lo saben los Gomeles,
Mejor los Abencerrages:

Y tiene galantes moros
Que aman con sumiso ardor;
Y por tesoro mayor,
Tiene entre sus mil tesoros
Moras firmes en amor.

[1] Faradí, cuñado y ministro favorito de Mahomad Aben-Azar III, llamado el Ciego, á quien quitó la vida y el trono su hermano Mahomad Aben-Azar IV, destronó á su vez á éste, y coronó á su propio hijo Ismael Faradí, cabeza del linage de los Faradís y descendiente por las mugeres, de Mahomad Alhamar, fundador del reino granadino. Este suceso acaecido en la Egira 713, que corresponde al año de Cristo 1313, dividió la familia real en dos dinastías, Faradís y Alhamares, que se disputaron en lo sucesivo el trono de Granada, ocupándola la que lanzaba de él á su rival.

Gallardas y esbeltas son,
Y blancas como alabastro;
De fuego es su corazón;
Con celos mira el rey astro
De sus ojos la espresion.

Granada! rico diamante
Desprendido del turbante
De descuidado Califa,
Sobre pérsica alcatifa
Relumbrando rutilante;

Bien presúmen tus Zegries
Que brotaste entre aelies
De las Hadas al aliento,
O al risueño pensamiento
De prometidas Huries.

Reina la noche serena,
Y entre las brisas de olores
Que corren la Vega amena
Y susurran en las flores,
Se oye amante cantilena.

Que en una calle torcida,
Bajo de verde persiana,
De amor habla adolorida
A la atenta musulmana,
Una voz entristecida.

Ismael Aldoradin
Es quien canta ó se lamenta:
Él del portugués confin
En correría sangrienta
Arrancó rico botín.

Hartas veces á Zulima
Su amor dijo en un *Selam* [2];
Y aunque la mora lo estima,
Jamás á hablarle se anima,
Porque la cela un Iman.

Doliman de grana y de oro
Pantuflos de marroquí
Tenia el gallardo moro,

[2] *Selam*, palabra árabe que significa *salud*. Llan man así los orientales á un ramillete de flores, en el que con ellas y el orden en que van colocadas, manifiestan en lenguaje simbólico, lo que pudieran con una carta.

LICEOMEXICANO.



Litog. en la calle de la Palma núm. 4.

EL SELAM.

Que al son de laud sonoro
Cantaba á su mora así.

„Ay! que al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma
Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma.

Ay! mora, que tus colores
En vano humilde vestí
Noche y día,
Y en ramilletes de flores
El amor te descubri
En que ardia.

En vano á sombra del muro
De tu alcázar arabesco
Te aguardaba,
O de la noche en lo oscuro,
De tus vergeles al fresco,
Te miraba.

Dicen que el ojo no duerme
De los celos que te guardan....
¿Por ventura
A pensar debo atreverme
Que ellos tan solo retardan
Mi ventura?

¿Quién levantara esos velos
Como la niebla sutiles
Que te cubren,
Y el resplandor de los cielos
Y el primor de los abriles
Ciegos cubren!

¿Quién te viera en el verano,
De tu persiana al través,
Descuidada;
Desnudo el talle galano
Y los delicados piés,
Reclinada

En el agua sin espuma
Del baño, rico en aromas
Y en halagos,
Como desprendida pluma
De albos cisnes ó palomas
En los lagos!

¿Quien el tu dormir velando,
De tu seno mal cubierto
En el latido
TOMO I.

Ir pudiera descifrando
De algun misterio encubierto
El sentido;

Y en la rápida sonrisa
Que de tus labios la rosa
Conmoviera,
Como al tulipan la brisa
Agita en la venturosa
Primavera,

Delirante adivinase
El placer con que á su ruego
Te ablandaras,
Y tus manos estrechase,
Y á sus ósculos de fuego
Dispertáras.....!

Los Califas del Oriente
El bulbul de sus serrallos
Te dirian,
Aurea corona en tu frente
Y á tus piés, siervos, vasallos
Te pondrian.

Los indianos abanicos,
Y las perlas que Basora
Dá y admira;
Los preciados chales ricos,
Y las sedas que atesora
Cachemira,

Te dieran y persa alfombra,
Cortinages damasquines
Sin medida,
Y anduvieras á la sombra,
En dorados palanquines
Conducida.

Yo, aunque moro granadino,
Diérate inmensos tesoros
Y fe inmensa,
Y un alfanje damasquino
Terror de los mismos moros,
Por defensa:

Diérate esclavos cristianos
Y doncellas nazarenas.
Que mi acero
Ganara á los castellanos;
Fuera esclavo en tus cadenas
Yo, el primero!

Mas al acaso navega,
Sin estrella que la alumbre,
Aquella alma
2

Que al golfo de amor se entrega,
Y trueca en incertidumbre
Dulce calma."—

Calló el moro, y la cabeza
Inclinó en el pecho amante
Consumido de tristeza,
Cuando se abrió con presteza
La ventana rechinante.

Flotó la suelta cortina
Por fuera de la persiana,
Y apareció en la ventana
La dulce faz peregrina
De la linda musulmana.

Su tocado parecía
Nube en torno del sol bello;
El velo apenas se via,
Y profusa pedrería
Relumbraba en su cabello.

El moro la vista alzó,
Levantando su esperanza;
La mora el brazo sacó,
Y el *selam* que le mostró
La mano del moro alcanza

Y á los rayos azulados
De la luna, vió Ismael,
Premio á sus tiernos cuidados,
Mirto albo y rojo clavel
Con madre-selva enlazados.

Amor fuerte y firme amor
El mirto y clavel indican;
Y por cadena mayor,
Con la madre-selva esplican
Su mútuo y pagado ardor

Cuando á la mora hechicera
Volvia el rostro el galan,
Vió la adusta faz severa,
Y la lengua barba fiera
Y el turbante del Iman,

Quien no viendo la liviana
Sombra de un hombre que huía,
Juzgó sospecha villana
La suya, y con calma fría
Cerró él mismo la ventana.—

Esas turcas precauciones
¡Fiel ministro de Mahoma!
Irritan nuestras pasiones
Que hallan en flores, idioma,
Y en ventanas, ocasiones.

Diciembre 12 de 1843.—C. COLLADO.



EL JUGADOR.

HACE mas de un año que entró Julian á mi casa una mañana, sumamente agitado.—Inmediatamente, me dijo, vénte conmigo.—Tengo que esperar....—No lo esperes, me replicó, cortándome la palabra, sígueme, importa mucho. Yo aprecio mucho á Julian, su agitacion me manifestaba que era cierto lo que me habia dicho, y no vacilé en acompañarlo.

Vamos, me dijo al salir, á la casa de mi hermano, hoy embargan sus muebles y es necesario impedirlo porque quedaria en la miseria.

—¿En la miseria!.... ¿Pero por qué van á embargar sus muebles?

—Por deudas.

—¿Y por qué no presenta tu hermano otros bienes?

—Porque no los tiene.

—¿Y su hacienda?

—La vendió.

—¿Y su casa de comercio?

—La vendió.

—¿Y sus fincas urbanas?

—Las vendió.

—¿Pero qué ha hecho con todo ese dinero? le dije impaciente.

—Jugar.

Llegamos á la casa, el ejecutor habia concluido y estaba haciendo el inventario de los muebles que estaban en el patio. Nada habia en la casa, ni un cuadro, ni una alfombra, ni una silla; nada quedaba sino una cama, y sobre ella algunas piezas de ropa. Junto á la cama estaba la esposa del hermano de Julian, pálida, convulsa, paseando una mirada seca y ardiente por los elegantes frisos de las paredes, que contrastaban con el vacío de las piezas: esta mirada se fijó por último sobre sus hijos, y una lágrima humedeció sus párpados. Despues me dijo que su esposo no habia vuelto desde la noche anterior, y que al salir le habia mandado que entregara unos muebles que habian de venir á llevar. Mis razones no produjeron efecto en el ejecutor, habia ya comenzado y era necesario concluir; se llevó todo, y cuando yo salia, se la pasaba en conversacion en la puerta de la casa con un amigo, y al pasar solo pude oír: „por jugador.”

Dos meses despues vino la esposa de Luis el jugador, á mi casa, á consultarme sobre la separacion de su marido.—No tenemos que comer, me dijo, y sus hijos se mueren de hambre.

—Pero él tiene sesenta pesos mensuales que le consiguió su hermano.

—Los juega, y juega tambien una cantidad que mi padre me envia en clase de alimentos cada mes, y mientras él pasa la noche frente al tapete, sus hijos lloran; y cuando al dia siguiente vuelve con sus ganancias, ya lo esperan mil compañeros que roban á mis hijos el pan y las caricias paternales, y se reune con aquellos, y pasa el dia en orgias, y juega allí tambien y pierde, y vuelve á su casa á jurar y á reñir y á maldecir á sus hijos.

—Una esposa, una muger, tiene muchos medios de amor y dulzura con que dominar al hombre, y vd. habria podido obligar á su esposo á guardar algo cuando gana y á buscar con ello una subsistencia....

—Nunca gana, señor. Por una ganancia tiene cien pérdidas; y sobre todo, un jugador no tiene freno, porque pierde la vergüenza y honra, porque no tiene afecciones y no ama á nadie.

—Pero sus hijos serán para él....

—Sus hijos serán victimas de la depravacion de su padre, serán quizá jugadores, robarán tal vez, y morirán sin honor.... en un patíbulo, conducidos allí por el ejemplo de su padre....

La infeliz esposa no pudo concluir, los sollozos ahogaban su voz.

—No tema vd., le dije, el amor paternal los salvará á todos. El debe amar á sus hijos, los ama sin duda.

—No, no los ama; no ama ni al dinero mismo que gana, ni al dinero que pierde; su corazon está embotado ya por las ansias del juego, por esa sensacion infernal que pone en silencio á los jugadores cuando se comienza á correr la baraja. Su corazon es ya insensible, nada desea sino la mesa de juego. En su presencia se reanima, se extasia cuando el juego comienza, ¡oh! yo lo he visto, se estremece de placer, sus ojos secos y apagados brillan de nuevo,

pero con una brillantez de muerte; su atencion se absorve, y entónces ni el cielo ni el inferno tienen poder sobre él; pero despues que ha pasado este instante vuelve á ser frio, reasume su figura infame, torna á ser presa de las pasiones mas viles, y su ambicion lo hace parecer la imágen de la prostitucion, porque eso es un jugador.

La señora me habia persuadido, le prometí ver á Luis ese mismo dia y obligarlo á enmendarse. Iba á cumplir mi promesa; al volver una calle ví á un jugador (los jugadores se conocen á mucha distancia) me acerqué á él.

—Tengo que hablar con vd., señor D. Luis, le dije.

—Que sea pronto amigo.

—Debo tardar algo.

—Pues entónces será otro dia. Ahora tengo que hacer.

—Sin embargo....

—No puedo, lo juro. Voy á buscar dinero, hoy he perdido mil pesos.

—Es imposible. Vd. no tiene mas que sesenta cada mes.

—Prestados amigo, la deuda es sagrada; me voy: D. Juan me volverá á prestar.

—¿Quien?

—Don Juan, D. Juan, me dijo con suma violencia.

—¿Aquel de cuyas infames sollicitaciones se quejó su esposa de vd.? Aquel de quien habia vd. jurado vengarse, aquel....

—Y bien, pronunció con una voz ronca, yo he perdido, estoy arruinado, mis acreedores me persiguen. Debo desquitarme.

—Recuerde vd., le dije con indignacion, recuerde vd. que D. Juan ha intentado seducir á la esposa de vd., que ella se quejó con vd. que no habia desistido de su intento y que sabe que vd. no lo ignora.

—Que me preste dos mil pesos y.... me desquitaré.

Luis me volvió la espalda al concluir, con una indiferencia estóica. D. Juan.... que me importa.... me desquitaré,—le oí aun murmurar, y su voz se perdió entre el ruido de los transeúntes.

Pocos dias despues vi un coche magnifico, la esposa de Luis, ricamente ataviada, iba en

él, D. Juan la acompañaba. Ambos me miraron, él se ocultó, ella bajó los ojos y lloró. Sus lágrimas me manifestaron sus remordimientos y su desesperacion. Concebí alguna esperanza, queria ver á Luis, iba á entrarme á todos los garitos en su busca, apresuré el paso, volaba; su deshonra en mi concepto debia salvarlo. En mi precipitacion me encontré con un hombre que se habia vuelto á saludar á un coche, alzé los ojos. . . . era Luis que saludaba á D. Juan. Mi mano asió de su brazo como una tenaza, la cólera me ahogaba.

—Infeliz, le dije, sacudiéndolo con violencia, con ese saludo has sellado tu deshonra; vendes á tu esposa, vendes á tus hijos. D. Juan ha triunfado y ya no tendrás quien te preste dinero, te desesperarás, maldecirás el dia de tu nacimiento, y no podrás morir, porque la muerte es el consuelo del justo, serás la bfa.... nadie te socorrerá.

Su rostro se encendió, su alteracion me persuadia que mis palabras producian efecto. Crei acertar, y continué.

—Su esposa de vd. es víctima de los remordimientos, vaya vd., vuele á encontrarle, vengue vd. su ofensa en D. Juan, y sea vd. . . . feliz, (no pude decirle honrado). Su esposa de vd. volverá á su deber, olvidará á D. Juan, porque nunca lo ha amado, lo abandonará, esté vd. cierto.

Un rayo de alegría iluminó su rostro con una luz horrible, como ilumina un relámpago á una nube tempestuosa.

—Voy, me dijo, juraré, reñiré, imploraré su perdon; mi muger abandonará á D. Juan, y entónces. . . .

—¿Qué?

—Yo volveré á. . . .

Mi alma se inundó de gozo; el jugador volvió á la razon.

—Sí, vd. volverá á ser honrado, feliz. Vuelte vd., no dilate su ventura.

—Yo volveré á tener dinero, jugaré y me desquitaré. Dijo alejándose con paso acelerado.

—La esposa de Luis me habia dicho bien; un jugador no ama nada, no tiene honra, no tiene afecciones. ¡Infeliz jugador! ¡Infelices hijos!—JOSE MARIA DEL CASTILLO.

LA MALINTZIN

o

DOÑA MARINA.

Apreciando solo lo bello y no lo útil, la historia antigua de México es poco conocida entre nosotros mismos, que nos quejamos de falta de datos cuando nos sobran. Algunos confiesan que sobre México se ha escrito mucho, pero añaden que todo está envuelto en congeturas sin parar la atencion en la historia de los primeros pobladores del viejo hemisferio. No se conserva de estos cierto, mas que lo que nos enseñan los libros sagrados, que se contraen á los hechos de los pueblos hebráicos: de los egipcios, medas, persas, y sin ir tan léjos, de los bárbaros de Europa en tiempos mas recientes y cuyas naciones forman, por decirlo así, el origen de las actuales, no tenemos mas que datos probables y muy dudosos que nos hacen vacilar aun sobre los hechos acaso mas verdaderos.

Y aunque fuera cierto que no se hubiera escrito de México cosa que, aun aplicando las reglas de una sana critica, pudiera dar alguna luz sobre las antigüedades de nuestro pais, nos bastarian las tradiciones populares y las consejas que conservamos. ¿Quien no ha oido ó dicho quizá alguna vez, el refran tomado de Ahuisótl, que si le ha venido en curiosidad, no sabrá que existió un rey de este nombre en Tenochtitlan, famoso guerrero? ¿Quien en su infancia no ha escuchado de alguna vieja la relacion del encantamiento de Moctezuma y la Malintzin en la alberca de Chapultepec donde todos los dias á las doce se aparecen? Todas estas vulgaridades sirven de mucho al hombre investigador para adquirir noticias algo exactas.

Pero no, ni tenemos necesidad de recurrir á estos medios para desentrañar algunas nociones sobre la historia de nuestro pais. Bastantes han escrito sobre ella y en muy pocos hechos no van conformes sus opiniones; esto mas bien es dimanado del conato que muchos escritores extrangeros han puesto en envilecernos. Así se le vé, por ejemplo, declamar á cada paso contra las costumbres de los pueblos aztecas por bárbaras y crueles, como si

lo fuesen ménos las de los pueblos mismos de Europa. En el derecho romano y por consiguiente, en el de las demas naciones, que lo tuvieron por modelo dándole aun el nombre de comun, como principio del de gentes, se sanciona la esclavitud de los prisioneros de guerra, y el dominio despótico y absoluto de los señores sobre sus siervos, los cuales no eran considerados en manera alguna en la sociedad ni se encontraban bajo la salvaguardia de las leyes. Preferible era sin duda la condicion de los prisioneros en Anáhuac donde morian, pero libres de crueles prolongados padecimientos. Por otra parte, cuando esto se hacia como un sacrificio que se juzgaba acepto á la divinidad, nada puede echárseles en cara á los oferentes. No así en las naciones cultas de la culta Europa, ya no diré de la bárbara edad media en que contaban algunos siglos de existencia y de poder, sino de las épocas mas brillantes, del siglo de Luis XIV del siglo filosófico, y tambien del siglo de las luces, al ménos en sus primeros años, ¿quién no se sorprende al ver que haya podido conservarse en paises católicos el tormento como solemnidad legal en la substanciacion del juicio, para estraer la confesion al reo de un delito, que muchas veces estaba ya bastante comprobado, ó bien para arrancar al inocente la declaracion de un hecho que no ha ejecutado cuando su justicia está ya manifiesta? ¿Quien no se horripila leyendo las rojas páginas del *santo tribunal*, y lo que es mas, por sostener los dogmas de una religion, que toda llena de lenidad quiere ser propagada y defendida únicamente por el convencimiento? Escritores de estos pueblos son los que denigran á los primeros moradores de nuestro continente.

Nada tiene México que envidiar por cierto á la misma Roma llamada Señora del Mundo, porque si dejó de conquistar algunos paises de su continente, se debió tan solo al deseo de conservar enemigos á quienes hacer la guerra, para ofrecer sacrificios en la inauguracion

de sus reyes, y para que estos acreditasen, ejercitándose, su pericia en el arte militar y que sabrían defender sus pueblos. México se elevó bien pronto á un grado muy considerable de civilizaci6n, sin haberse puesto en contacto con paises en que habian brillado grandes filósofos, oradores, poetas, como Roma lo hizo con las repúblicas griegas. México presenta aun hoy monumentos que acreditan su grandeza y los adelantos que habia hecho en las ciencias y en las artes, admirables sin duda, sin deber nada, como Roma á Atenas. La legislaci6n de México fué buena, sin que como Roma la hubiera usurpado á Licurgo y Solon. Las instituciones del imperio de Tenochtitlan eran sabias y bien calculadas, como no lo eran las del de Rómulo que á cada paso se variaban. En cerca de dos siglos de existencia tuvo Tenochtitlan once soberanos todos elegidos por una eleccion regular y bien conuinada, al paso que Roma en casi dos siglos y medio ó poco mas, tuvo apenas un monarca y tambien seis tiranos cuyo nombramiento tumultuoso era siempre ganado por el hombre mas ávido de poder. México tenia tambien sus establecimientos de instruccion pública para jóvenes de ambos sexos; tenia como Roma sus vestales, y como el cristianismo sus vírgenes consagradas á la divinidad; tenia por último sus matronas que pudieran brillar en nuestros tiempos.

Una joven, de talle elegante, de extraordinaria hermosura, de bellas y delicadas formas, de raros talentos, de distinguida calidad aunque no lo mostraba su trage, acompañada de otras diez y nueve jóvenes doncellas, se presenta á los conquistadores españoles juntamente con otros preciosísimos dones como regalo del Cacique de Tabasco. Esta señalada joven se atrae desde luego la atencion de Cortés y sus compañeros de armas, y arrebata las miradas de todos ellos. Poseía con perfeccion los idiomas Maya, (que es el yucateco) y mexicano, y muy en breve se hace comprender de los españoles hablándoles ya en su propio idioma, por lo que les sirvió de intérprete en todas sus expediciones.

Podria alguno condenar á doña Marina (la llamaremos con este nombre que es el de bautismo) de falta de civismo, cuando al lado de los enemigos de su pais les servia de ayuda contra su propia patria. Pero este cargo jamas puede hacersele si se reflexiona por un momento que en los servicios que prestaba, favorecia á su entender la causa de su pueblo. En efecto, miembro ya de la religion cristiana, habia entendido sus misterios y abrazado

con ardor su moral: en su religion veía tan solamente la felicidad verdadera, y anhelando porque sus compatriotas la alcanzaran, sin otro medio, porque no lo conocia, que las armas de los soldados españoles, debió cooperar á la conquista. Así que, cuando quisiera aun culpársela por haber vendido á su patria, se puede todavia decir que la vendió inocentemente y en un precio inestimable; mas no como Tarpeya por los brazaletes de los soldados, y de una manera vil y maliciosa. Por otra parte, el verdadero amor patrio es el amor, no precisamente de la tierra que nos dio el ser, sino de la sociedad que nos abrigó en su seno: no del suelo en que tuvimos apenas nacimiento y vida natural, sino de la sociedad que nos da una vida civil; y el imperio de México, si bien es cierto que habia dado nacimiento á nuestra joven, la habia tambien sujetado á una condicion miserable y degradante, cuando por el contrario los conquistadores la recibieron y trataron como hermana, se ligó á ellos con los vínculos mas estrechos, los del amor y los de una amistad cordial, pues que á pesar de haberla dado Cortés á Alonso Fernandez de Portocarrero, tuvo de ella, en ausencia de este, un hijo á quien llamó Martín, y mas adelante la casó con Juan Xaramillo caballero hidalgo de los que le acompañaban y uno de sus capitanes. Estas relaciones, pues, tan íntimas debian obligar á doña Marina en favor de los conquistadores: la primera sociedad, la mas estrecha es la conyugal: la amistad es el vínculo mas fuerte que liga las voluntades de los hombres y que produce en nosotros el mas firme, el mas sincero amor. Aun hoy entre nosotros mismos tenemos ejemplos palpables especialmente en el bello sexo, de que por el matrimonio, por la amistad, hacemos propios los sentimientos é intereses patrios de nuestro consorte, de nuestro amigo: así es que despues de consumada nuestra independencia, no han faltado personas que, enlazadas por diversas causas con españoles, nos han echado en cara y nos reprenden á cada paso nuestra emancipacion: otro tanto tuvo lugar respecto de los franceses cuando en mil ochocientos treinta y ocho fueron espulsados del territorio de la República, á consecuencia de haberse declarado la guerra á su nacion, y semejantes casos se presentan igualmente en otros paises que me abstengo de citar.

Por otra parte nada debia estrañarse en particular de una persona que no habia recibido de su patria beneficio alguno, como tampoco indicado. Nació, segun lo aseguran algu-

nos, en Jalisco, aunque muchos sin duda los mas respetables y con mayor fundamento, afirman que en México y otros no pocos en Coatzacoalco. Ignoro en que se hayan podido apoyar los que la han juzgado Jalisciense hallándose Jalisco tan distante de México, aunque por otra parte sea cierto que observaba en lo general sus mismas costumbres, guardaba sus propias leyes, reconocia como suyo el gobierno del imperio, y finalmente, hablaba tambien su idioma; y mucho mas, si se atiende á la residencia de su familia al tiempo de aparecer los conquistadores, y al lugar donde fué regalada á estos bastante remotos aun de la misma México, queda vacilante la fé que deba darse á tal opinion. No han sido iguales los fundamentos de los escritores que la hacen originaria de México: capital esta de un rico, vasto y poderoso imperio, centro del saber y del comercio en Anáhuac, foco de la opulencia como corte de un gran monarca, nada singular era que se encontraran establecidas en ella las primeras, las mas distinguidas familias de la monarquía, así que, cuando faltaran los testimonios de los contemporáneos, sobran razones muy fuertes que persuaden la realidad de este aserto. Ni faltan presunciones muy vehementes en favor de los que asientan que nació en Coatzacoalco, pues que aquí estaba domiciliada su familia en la época precisamente de la venida de los españoles, y ella por otro lado, no se hallaba en pais muy lejano: lo mas probable parece ser que, originaria de Jalisco provincia entonces sujeta á México, su familia, trasladada despues á la capital del imperio la hubiera tenido en esta y pasara en seguida á Coatzacoalco llevándola consigo: todo lo que acaso ha dado motivo á la variedad y discordancia con que sobre este hecho han escrito los autores, y que por otra parte se deduce de sus propias relaciones.

Era el padre de la Malintzin Cacique de Coatzacoalco, aunque Clavijero, Bernal Diaz del Castillo y otros afirman que de Painalla de que dependia Coatzacoalco. Falleció dejándola aun en edad muy tierna: su madre pasó á segundas nupcias, y tomando su nuevo marido el cacicado del primero, habiendo tenido un hijo en este matrimonio, como no podia reservarle el señorío y riquezas de la familia, perjudicando á la Malintzin legítima heredera y sucesora, y á quien no pudiera despojar de sus derechos, concedidos espresamente por las leyes fundadas nada ménos que en los estrechos vínculos de la sangre, intentó deshacerse de ella. Parece

cierto, aunque no lo he visto así escrito, que la madre arrastrada por el amor natural impidió que se la privase de la existencia, é inventó un espediente fácil y seguro, recurso que en su sexo no se tiene dificultad en encontrar, pues nada tan á propósito para salir de un mal paso, é imaginar un ardid, como una muger. Sucedió pues que falleciera la hija de una esclava suya algo parecida, segun Clavijero, á la Malintzin, y aprovechando la oportunidad, la madre y el padrastro de esta, fingieron ser ella la muerta, haciendo al efecto las exéquias que la correspondian segun su clase y dignidad.

Me inclino á creer que la joven Malintzin se halló algun tiempo, aunque fuese corto, en el establecimiento de niñas de Tenochtitlan que estaba confiado á la direccion de los sacerdotes y sacerdotisas, porque si bien es cierto que de este establecimiento no salian las jóvenes, sino estando ya en edad nubil, precisamente para casarse, ó para consagrarse, conservando su virginidad al servicio de la Diosa, pudo suceder muy bien que las pensionistas, á las cuales sin duda pertenecia la Malintzin, no tuviesen tal sujecion y acaso su madre y padrastro pretestando enfermedad de ella la sacarian y quizá fué cuando intentaron su crimen. El único fundamento, y á mi entender no leve, que me hace abrazar esta opinion es la cultura que manifestaba la Malintzin, así como su facilidad en comprender la que solo se adquiere por medio del ejercicio, y que por otra parte la acreditó bastante desde que fué presentada á los españoles. Aunque hay que advertir que no solo este establecimiento se sostenia en Tenochtitlan, sino que habia ademas otros, dependientes directamente de la autoridad pública, ó bien de particulares, en los cuales siempre intervenia la autoridad, pero no con otro objeto que con el de cuidar que no se corrompiera la moral, y para que con arreglo á ella fuesen enseñados los alumnos. En estos establecimientos no parece se sujetaban los jóvenes á las condiciones que en aquel: no todos comian á espensas del colegio ó escuela, sino que se les llevaba, segun dicen Herrera y Torquemada, la comida de sus casas, y muchos asistiendo solo á las labores de enseñanza comian y dormian en sus propias casas como se verifica aun hoy entre nosotros. Es verdad que los espresados Herrera, Torquemada y otros que han escrito sobre esto, no hacen mencion mas que de establecimientos de hombres, pero debe juzgarse que existian semejantes para niñas de las relaciones de los mismos autores, y el